

CUENTO

Julio, ENRIQUE y LA INOCENCIA

JOAQUIN PEÑA GUTIERREZ

Esa noche, apenas logro recordarlo ahora, la lluvia de la tarde aún corría por las hojas de los árboles, por los árboles, las matas y por encima de la tierra. Se oía rodar con ese andar secreto del agua. Ruidos, sólo existía el ronquido embotellado de la quebrada huyendo monte abajo. Lo demás, las gallinas en el naranjo, los puercos, el perro, los terneros en la enramada, todos ellos eran los orquestadores de una fina sinfonía silenciosa. Pero el silencio no era más grande que esa oscuridad grande. Inmensa. Oscuridad y silencio ejecutaban como la inexistencia, la inamovilidad más escandalosa. El ronquido de La Quebrada, en su monotonía, era una gruesa capa cobijando el silencio negro. Una quietud total se había hecho. Sólo él, mi hermano mayor y yo, en aquel mudo diálogo, con los codos sobre la mesa del comedor y los ojos apuntando el titilar de la vela en el centro, sin atreverse, ni él ni yo, a mirarnos.

A esa hora, debían ser más de las nueve. La costumbre bien nos hubiera podido poner a cabecear de sueño, sobre todo a mí, que entonces, todavía era lo que se dice un niño, si a la espera no se hubiera pegado, como una garrapata hambrienta, esa preocupación que nos inundaba.

En ese momento, aquella preocupación, de agua creciendo que fue en un principio, se convirtió en torrente devastador que nos arrasaba y golpeaba contra los árboles de la orilla, contra las guaduas de la vega y amenazaba con sepultarnos debajo de alguna empalizada de las vueltas, porque papá desde hacía dos días andaba buscando a Enrique y tampoco él había regresado. Ya, para mi hermano mayor y para mí, era como si papá, quién sabe en qué lugares,

también se hubiera perdido.

El sábado, cuando se fue para San José por la mañanita en El Acero (ensíllenme ese trotón porque hoy los caminos están barriolosos y a ese no hay cuál le gane en la buena pesada) dijo, cuando vuelva con el mercado, van a ver que él ya ha regresado.

Al atardecer, con el agua de todos los días de julio chorreando del sombrero, por la ruana, los zamarros, rodando por las monturas y las ancas y los cuellos de las bestias, llegó, el caballo con la remesa adelante; atrás, papá en El Acero con su paso de pisada firme y los ijares medio partidos. Miró nuestras caras y sin decir nadie una palabra, ni él ni nosotros, se enteró de que él no había vuelto y que sus palabras de por la mañana no habían sido más que una forma falsa de alentarnos la esperanza, porque, tal vez, papá, ya sabía que él no iba a volver. Tuvo que saberlo desde el momento en que la misma noche del viernes y la madrugada del sábado no nos lo trajeron a casa.

El, Enrique, mi otro hermano mayor, el que no le tenía miedo a los caminos ni a los gritos ni a la correa de papá, no lo puedo recordar con precisión, en la mañana de ese viernes, no sé qué oficio hizo. Le molería caña a los puercos o les echaría maíz; o quizás fue, ordeño las vacas. Después, con la misma naturalidad que si le estuviera trayendo un caballo a papá o alistando las bestias del otro día el mercado, trajo su Crinesblancas, patiblanco, alazán, hermoso el animal, y lo amarró junto al caucho, ahí, en frente de la casa, cerca del caidizo del horno. Nadie sospechó nada. Mi hermano Enrique, cada que el trabajo de la finca le dejaba un campito, él buscaba su Crinesblancas para cuidarlo y para acabarlo de enriendar. Incluso, nadie sospechó nada cuando a eso de medio día llegó bañado de la Quebrada. Ni cuando salió del cuarto vestido con la camisa azul con listas finas haciendo cuadritos de oro, con el pantalón dacrón, caucho y se sentó en la banqueta con la bañadera de aluminio en un lado y con las medias amarillo pollito y blanco sobre los guayos al otro lado.

Hoy no estoy bien seguro de que nadie hubiera maliciado. Tal vez fue que entre el ir y venir en el trabajo, entre las vueltas y revueltas del oficio, ninguno de la casa tuvo tiempo para medir con su cavilación los proyectos reflejados en las acciones de mi hermano en aquella mañana de viernes.

A la una; sí, ha tenido que ser la una de la tarde; cayó sobre la casa, como un derrumbe inmenso, la ausencia de mi hermano. El, el último recuerdo que dejó en nosotros en la última mirada que le dimos: El Crinesblancas, la silla más nueva, las riendas trenzadas y los zamarros de pelo negro sólo eran cuento, cuento sobre la impresión dejada, en nuestras bocas. Pero a qué horas se fue, si no hace muchito el caballo estaba allí amarrado. Cuando fui a recoger los huevos para el almuerzo, ahí estaban los zamarros colgados en el puntillón del rincón. Mamá, desde el cuarto, en una vez que se quedaba a media garganta, diría, se llevó el pañuelo de borde azulito, mirando el hueco en el cajón de la cómoda. Papá dejó salir su cólera colorada y castigó fuerte nuestro descuido. Aquí en esta casa puede entrar y salir hasta el mismo putas con las alas abiertas y nadie se da cuenta. Cómo demonios hace uno para vigilar la casa, vigilar la cosecha, vigilar las siembras. . . Sin embargo se quedó tranquilo, buscando en su cabeza las pistas que pudieran justificar la ida de Enrique, quieto, callado, como si dijera, es que ya está en edad. Sus dieciséis años ya empezaron a empujarlo a buscar mujeres. Pero así mismo parecía no descartar la posibilidad de que algo grave hubiera sucedido o empezado a suceder.

Yo, por mi niñez tuvo que ser, no pude medir todo el hueco que dejaba abierto en la casa la ausencia de mi hermano. Yo, como ciego, no podía ver que un abandono, así, tan de repente, de un hijo, tenía que caer como piedra en el amor acostumbrado de los padres y que así mismo, debía también abrir un espacio al dolor en el corazón de los hermanos. Por eso, aquella noche, ahí, junto con mi hermano, en la mesa, la vela en el centro y la espera antetodo, yo no podía comprender por qué papá llevaba ya dos días buscando a mi otro hermano mayor, a Enrique; por qué toda esa alarma después de que el sábado todos vimos, en la tarde, que la profecía de papá en la mañana, no se cumplió y que él, papá, sin desmontarse del caballo y sin despegar los labios, fue tirando las riendas, ajustando los talones embarrados y perdiéndose por entre los guayabos como quien tira rumbo a San José.

Yo, ya serían las diez o las nueve y media, no sentía esa noche pero ni un tris de sueño. Aún no puedo aclarar por qué motivo. En todo caso no era tanto por la preocupación porque preocupado, lo aseguro, yo no estuve en esos días de zozobra para mi hermano mayor, mamá y los demás en casa. Yo sólo sabía que mi hermano Enrique se había ido de la casa el viernes a medio día; que papá había salido a buscarlo el sábado por la tarde en medio de la lluvia

y que ese lunes a las diez de la noche, Enrique no había regresado y que a papá ya también lo considerábamos como perdido. La gravedad de todo esto la veía en el no bullirse de mis otros hermanos en las camas; en el ningún movimiento ni ruido de mamá pasando las pepitas de la camándula frente a la imagen de El Sagrado Rostro; en esa mudez aterradora de mi hermano mayor, de Gustavo, al otro lado de la mesa, embrujado, mirando sin parpadear la esperma en el centro. Entonces, yo, contagiado de tanto terror circulando en el ambiente, me vi inalcanzablemente preocupado, con una cara terrible de qué les habrá pasado, y con una cara seria, concentrada de hipnotizador de pueblo, como si a punta de pensamiento estuviera recorriendo cuanto camino existiera en una búsqueda incansable de papá y Enrique. Así, eché por caminos hasta acabar con los caminos conocidos sin hallar rastro de ellos, ni desfiladero por donde bien pudieran haberse rodado, ni paso de río o quebrada crecidos en cuyos cruces pudieran haber sido arrastrados. Así, anduve loco, loco de la desesperación buscando a papá y a mi hermano Enrique por todos los caminos conocidos. Luego, desde mi puesto en la mesa, mirando inafectado la vela en su centro, eché a inventar caminos para continuar la búsqueda. Jamás esa noche pude buscarlos por caminos lo que se dice propiamente inventados porque en todo momento, siempre, una ineludible remisión a la realidad, a lo ya palpado, me inducía a cruzar por La Lomalonga, por los llanos de don Chepe, por los barrizales de la montaña o por los lados del Arrayán o por los caminos de la Laguna o de los Planes.

Yo, para calentarme, metí las manos entre las piernas y a veces me las sobaba palma con palma pero cuidándome de no ir a poner en el aire una aguja que hiriera ese silencio padre instalado como un pontífice enfermo ahí en nuestra espera; sin interrumpir el ronquido helado de La Quebrada huyendo monte abajo, sin quitarme esa cara de dolor a reventar. Esto, aunque no estuviera justificado por una preocupación real. Porque, ya dije, la ausencia de mi hermano y después, de papá, no la comprendí. Mi contagio en la zozobra y en la espera se debió a la fuerza de la casa; a ese influjo irremediable y apabullante de todas las caras de la casa; y, en esa noche, en ese preciso instante, se debió a un respeto que me creció altísimo por el dolor de mi hermano sentado en frente mío. Si alguna cosa comprendí esa noche en medio de la espera, fuera de saber que papá no estaba en casa, ni mi otro hermano mayor, fue el dolor de Gustavo. El, sentado, la espalda contra la pared, de frente a la cocina pero con su cara morena mirando la hebra de luz en el centro

de la mesa, pensativo, me dio el peso real o supuesto pero exacto de lo que acontecía. Sabida la dimensión de los hechos, supe que no podía mover un pie, un brazo, soltar un respiro grueso o por alguna torpeza levantar algún ruido que fuera a golpear todo aquel silencio apropiado por mi hermano como un cómplice dónde explayar él su dolor.

A las diez; ahora sí han tenido que ser las diez de la noche, con esa oscuridad escandalosa al fondo porque el comedor daba sin puertas ni paredes, directamente al patio, al chiquero, al guayabal y a los montes, mi hermano subió una mano hasta la frente como haciéndole sombra a sus ojos. Y escuché, se pudo escuchar con toda claridad, un respiro grueso, como el nacer de un llanto que no quiere salir. Luego, él, dobló un poco la cara hacia el piso en dirección de la esquina de la mesa. Y a mí, un espacio, un hueco, que en el acto lo ocupó la angustia, se me abrió en el estómago y, tal vez, no lo recuerdo con seguridad, un carajo, papá. vengan ligero que Gustavo se puso malo, pasó como una súplica por mi cabeza. Pero nadie, absolutamente nadie, ni el golpe de una puerta, ni el sonar de los cascos en el barro, ni siquiera un sollozo escapado en un descuido de mamá desde el cuarto, nadie, nada, respondió a mi llamado. . . Sólo allí ese escandaloso silencio acompañado con pañuelo y lágrima el dolor de mi hermano; dolor aquel que a esa hora, ya tenía cara de dolor de desgracia grande.

Ahora, tantos años pasados y después de que yo mismo he probado más de una vez la larga hiel de las lágrimas, he venido a fotografiar con claridad aquello que en aquel momento hizo mi hermano mayor ahí en el comedor de nuestra casa de espera en esa noche de julio. Todo lo que hizo Gustavo, sería que no deseaba enseñarme el dolor, fue subir las manos a sus ojos para tapar las nubes que bajaron a cegarlo; ocultarme que la más despiadada bandada de cuervos le estaban desabrochando, a lentos picotazos lentos el cuero y la carne del pecho, averiguándole el corazón. Lo que hizo Gustavo esa noche, en ese instante de instauración definitiva del desespero, fue estrangular el camino de las lágrimas; tratar de tapar su angustia a mis ojos niños y evitar enseñarme, ¡cómo no!, la dimensión ilimitada del sufrimiento. De esta manera, la ida de Enrique y todo Enrique con su vida, entró como una lanza pompa en la vida mía. Porque él, sin quererlo, hermano, yo también lo sé, fue de los primeros que le echaron veneno a mi inocencia.

El silencio, como el peor de los ruidos, continuó buscándonos

igual que a gallinas perseguidas, llenándonos hasta las partes más oscuras de la conciencia, dejándonos intacto el espacio del ruido de los animales o de una lluvia de esas de julio, al pensamiento, a la cavilación y a la angustiosa espera.

Como una luz, oí al momento un ruido de trancas, las vueltas de una bestia en el barro formado alrededor de la puerta, acomodándose, siendo acomodada por el jinete para las maniobras de correr las trancas, en la oscuridad. Y el cansado relincho de un caballo. El relincho de una bestia que llega de un largo viaje, al reconocer la puerta del corral, la sombra alta de la casa y los olores que ha comido desde que La Gallineta o la Lucero o La Barbuda lo parió. Desde potrillito. Fue un relincho perdido en la negrura de las once de la noche porque las otras bestias, las que estaban en la manga no respondieron como mi corazón esperó; ni las otras, las que echamos en la tarde para la Loma del Muerto; ni las que estarían pastando en el mezón de El Yaguaral. Ante la pérdida del relincho en los hilos de la noche, sin reencuentro en un relincho compañero, Gustavo se pegó un pequeño golpe en la rodilla con la mano cerrada en puño y apretó los dientes ajustando fuerte los labios.

Quién sabe qué maldito viajante de la noche se atravesaba a esas horas por nuestra finca a hacernos respirar después de tres largos días, el aire puro, la alegría de estar juntos nuevamente; el presentimiento inequívoco que, estoy seguro, también lo tuvieron Gustavo en el comedor y en el cuarto, a mamá la haría perder la cuenta del rosario y alcanzaría a murmurar con la misma preocupación que nos impidió decir en el comedor, ¡oiga, llegaron!. Yo no sé quién malditos se atrevió a cruzar por nuestra espera sólo para dejarnos hirviendo el pecho con esas dos palabras que quedaron allí atoradas, calientes, quemantes, sin salir a formar el desahogo.

Tullidos quedamos en el comedor. Ni el aire entraba libre a la respiración. Y después de la lucha por entrar, se ponía a silvar en la garaganta o en los pulmones como peleando por salir en un penoso gorgoteo. El aire.

Entonces, no sé, ya los gallos habían echado tres cantadas a la noche, mi hermano se sacudió levemente, como si temblara un tris apenas pero íntegro su cuerpo. Como si una alegría le estuviera subiendo porque repentinamente hubiera descubierto la salvación; o si le hubiera bajado del cielo igual que un rayito definitivo a la

oscuridad asfixiante. Hasta se le iluminó el rostro, su cara morena, con una media risa triunfal que desapareció enseguida en un gesto de respeto al silencio de la espera, a la angustia de la ida, al ansia del regreso. Levantó la mano derecha, alistó los dedos para hacer castañuelas. . . los resbaló sin producir el ruido. Como diciendo ¡ya está! emocionado. Se levantó del asiento escondiendo ruidos: Entró a la pieza. Antes que los pasos, el quejido del entablado por el peso. Un sonido de papeles jalados, rozándose. Y el tropicazo madre de un frasco derribado al descuido contra el suelo.

Y de nuevo, encerrándonos en fuerte prisión el escandaloso silencio instaurado por la señora noche imponiéndose con látigo de acero a todos los descuidos y recordándonos a golpes que un ser querido había partido del hogar; el padre buscaba, buscando, recuperar un corazón para guardar el cariño; y que nosotros, desde la angustia, debíamos clamar.

El papel estaba pálido al reflejo de la vela, tiritando en ese frío. Esperaba que Gustavo iniciara la escritura. Hubiera querido yo que empezara a escribir diciendo en alta voz cuanto anotara. Por esta otra ausencia, como antes buscando desde la mesa a papá y a Enrique con la imaginación en todos los lugares por donde bien hubieran podido perderse a la presencia de nuestro cariño, otra vez, ahora, con mi pensamiento fui diciendo a cálculo, las palabras que él iba marcando en el papel.

La Batalla, julio 27 de 1960. . . empezaría

Recordado Hermano. . . continuaría. O no, mejor:

Querido Hermano Enrique. . . Aunque ese *querido* campaneaba un poco raro, ronco, a nuestro oído porque jamás nosotros hicimos del cariño familiar, el único ejercido, un empalago de abrazos o de besos o de otras palabras muy sonoras. Nos queríamos, mucho, sí, de otro modo. Simplemente, cada quien guardaba a los demás de la casa en la parte más secreta de su corazón. Y si era una alegría, era en silencio que el corazón igualmente en secreto cantaba. Si era la tristeza, la cara mejor se volteaba para que las lágrimas no formaran intenciones de cuchillos. Sin ningún empalago era el amor entre nosotros. En silencio el corazón abría sus palabras. Sí.

Querido Hermano Enrique. . . *Querido*, tratándose de un caso extremo. El último intento de un rescate del cual dependería el entierro de ese tormento. . .

Escribiría después. . . después, ¿qué escribiría mi hermano mayor esa noche en el papel? Quizás diría, todos aquí en casa, empezando en la cumbre con mamá, te estamos esperando. No importa que hayas ido, hermano, hasta el infierno o hasta Dios; que otros mundos traigas en la forma de mirar un poco distinta, en el acento un poco cruzado de la voz, en, de pronto, unos dulces que nos des. No importa. Nada importa. Sólo estamos listos a recibirte. Vuelve, hermano, vuelve, no nos dañes más el corazón. Detuvo los puyones al papel y nuevamente corrió la mano izquierda como kepis a la frente para taparse quién sabe qué malignas nubazones que se vinieron como buitres a comerle sus ojos morenos. Suponiendo en esa noche, no sé qué más pudo escribirle Gustavo al hermano ido con mi imaginación.

Voleó la hoja y sin quitarse el kepis de sus ojos, continuó reclamándole a Enrique su presencia inaplazable. Iba tal vez diciéndole que no importa en dónde te encuentres; en qué lugares escondes a nuestro ahogo tu presencia, cuando detuvo bruscamente todo movimiento; apretó fortísimo su izquierda ahí en la frente, tiró contra la pared el lapicero y con la derecha morena y flacucha cogió, con la rabia más violenta, la hoja y la reburujó en un mínimo montón de añicos. Se dobló sobre la mesa. La cabeza, como muerta, apuntándose. Intermitentemente, venían a ella unas sacudidas espasmódicas que eran el grito de lo vivo que estaba en el llanto.

En esta ocasión no tuve miedo y no llamé a nadie como en la primera vez cuando se subió la mano en arco y sólo se le oyó un estrangulamiento en la garganta. No me asusté porque sabía a las claras que Gustavo, en el otro extremo de la mesa, simplemente, estaba sacándose en las lágrimas, toda la desesperanza y el ahogo de la ausencia indefinida de Enrique y la rabia infinita que se le amontonó en tropel cuando al escribir *en donde y lugares* cayó en la cuenta de que todos los reclamos y pedidos que hiciera en ese frío papel, eran inútiles porque todos sabíamos, estábamos sintiendo el dolor de una separación inesperada, pero nadie tenía la mínima idea del lugar donde se encontraba Enrique; jamás el sitio donde pudiera Gustavo enviarle esa carta estremecida; nunca una forma posible de que Enrique nos escuchara.

Sólo que pasado mucho tiempo, después del cuarto o quinto canto de los gallos a la lejura negra de la noche, llegó, desde arriba, de El Caucho Grande, un relincho como la más brillante gota de luz, a prender un solo grito de nuestra casa. Un relincho de bestia que

llega de un largo viaje y conoce el olor de los corrales y la sombra alta de la casa.

¡¡¡EL ACERO!!! gritamos con Gustavo, iniciando de un salto la reconstrucción de nuestras almas.

¡¡¡EL CRINESELANCAS!!! dijeron mamá y mis hermanos desde los cuartos, haciendo sonar las camas en el esfuerzo de pararse.

Quizás fue un relincho, El Acero o El Crinesblancas. Tal vez los relinchos fueron dos, El Acero y El Crinesblancas. Ambos anunciando. Luego, ésto sería parte de la discusión en el intento, siempre fallido, de hallar un acuerdo con el fin único de prolongar al infinito ese momento del anuncio. Uno de esos momentos, el más grande, en que nuestros corazones abrían sus palabras a la dicha.

La puerta del solar de la casa estaba abierta antes de que ellos cerraran la de El Caucho, aquélla en donde por la parada para abrir, los caballos sacaron tiempo para mandarnos su relincho, su único relincho, porque fue uno el que escuchó nuestra cansada espera.

Entraron, El Crinesblancas cabeceando en gesto que era eso nada más, cabeceo, y búsqueda con el olfato del dulce jugo de la caña picada en la canoa de la enramada; y El Acero con los ijares partidos del todo y la cincha floja porque hacía tres días que sin probar bocado andaba caminando con papá encima.

Yo me recosté en la pared del comedor, allí donde aquella hacía esquina con la punta de la mesa donde antes estuve sentado. Solitadas las bestias, ahora sí, se había hecho la forma para el saludo. Ya dije, nuestro cariño fue sin empalagos y siempre sabiendo esperar. No se si fue que Enrique no me vio ahí recostado o si fue que los brazos de mamá le dañaron el saludo que tenía para mí, porque cuando intentó mirarme, mamá, desde la otra punta de la mesa, se vino para estrecharlo y decirle sólomente ¡HIJO! en un rugidito que fue más el inicio del sollozo callado del saludo, del regreso, que una exclamación escandalosa.

Así, sin darme cuenta, me vi iniciado en los oficios del amor familiar, entonces el único ejercido, y del sentimiento, porque si en un principio, en los primeros revuelos por la ida repentina de mi her-

mano, no llegué a sentirme ni a dolerme, sólo, más bien, a sorprenderme por ese silencio aterrador, cuidadoso, como quien vela a un muerto, después de acostados empecé a sentir en medio de los ojos y en el centro del pecho que eran mentiras que Enrique hubiera vuelto hacía media hora. Era falso que habíamos, todos en la casa, abierto la puerta del solar después de que nos llegó brillante la gota de luz desde El Caucho Grande. Mentira había sido el relincho. . . La entrada de El Crinesblancas cabeceando, buscando urgente el olor de la caña picada en la canoa de la enramada. Sentí, con esa lágrima que me esculcaba el pecho y alguna parte oculta de mi ser que entonces ni ahora logro descifrar qué es ni en qué lugar de mi cuerpo está, que Enrique se había marchado definitivamente de nuestra casa a pesar de que en ese momento lo escuchara bullirse en la cama mientras lo aquietaba el sueño. Estaba seguro de que él no había vuelto. O quién sabe si fue algo distinto de Enrique lo que se marchó de mí. Tal vez con él, sí, pero sin ser él, ni regresado junto; ¡no!. ¿Quién lo pudiera saber? ¡¡¡Yo, todavía lo busco!!!.

Y quizás Gustavo, mis otros hermanos, y los viejos, los dos, papá y mamá, también, en los tiempos de este tiempo, anden buscando una ausencia que se les perdió en una lejana noche de un lluvioso mes de julio.

Del libro LAS ATRACCIONES NOCTURNAS